

# ¿Cómo resolver los conflictos en el aula?

Los conflictos y las peleas en la infancia surgen por la falta de madurez y comunicación entre los pequeños. A los niños les faltan las estrategias con las que contamos los adultos para defender sus intereses. Hacer ver al menor otras alternativas es nuestro objetivo como educadores.

**E**l modo de relación social, en estas primeras edades, varía conforme los niños van creciendo y madurando. Hasta los dos años la relación social no surge como tal, aunque veamos que se relacionan entre ellos, se comunican, juegan... Los niños son egoístas por naturaleza y si, en esta etapa, buscan una relación con sus iguales es, probablemente, porque quieren o necesitan algo para ellos mismos, sin ser conscientes de lo que el otro les puede llegar a aportar. Es entonces cuando surgen estos conflictos, normalmente, por falta de madurez y sin mala intención hacia el otro.

Los conflictos más habituales que nos podemos encontrar en el aula son los mordiscos y las peleas infantiles. Ambas situaciones surgen porque es el modo más fácil que tienen los niños de defenderse o de defender lo que quieren ya que, al ser pequeños, les faltan las estrategias con las que contamos los adultos para conseguir su objetivo, como puede ser una buena comunicación.

Los mordiscos están ligados directamente a la madurez del niño. Por este motivo, resultan difíciles de trabajar o de eliminar. Conforme el niño va madurando entiende que existen otras formas de relacionarse y no tiene que recurrir a los mordiscos. Lo peligroso es darles una importancia excesiva porque, además de utilizarlos como una buena herramienta, serán para ellos una llamada de atención, algo, por otra parte, propio de los niños. Para el adulto, los mordiscos suelen ser duros de llevar porque el resultado es muy llamativo, pero para el niño no deja de ser

un modo de responder ante una agresión de un igual, lo mismo que puede ser otro tipo de respuesta como una pelea o un empujón.

Nuestro papel como responsables del grupo es, de manera controlada, tratar de tranquilizar a los padres. Por lo que respecta al aula, cuando se produce esta situación por primera vez, debemos aislar, instantáneamente, al niño causante de la agresión para hacerle pensar, explicándole que la conducta no es la adecuada. En caso de



que se haya repetido en más ocasiones, tendremos que apartarle de la situación conflictiva para hacerle pensar y que sepa que esa conducta no es admitida por nosotros, pero sin darle demasiada importancia, para que entienda que no estamos exclusivamente pendientes de él. De este modo, los mordiscos podrán ir desapareciendo. Pero lo más importante es prestar atención a todas aque-

llas situaciones en las que el niño se comporta de manera adecuada y potenciarlas positivamente. Así, entenderá que ésta es la manera de conseguir nuestra atención y aceptación.

En el caso de los mordiscos, puede costar ver sus resultados porque, como indicábamos, la madurez es un componente importante que no está en nuestras manos. Sin embargo, con independencia de eso, estaremos proporcionando al niño estrategias educativas vá-



## El maestro tiene que ser capaz de no juzgar antes de tiempo. No siempre el alumno más revoltoso será el causante del conflicto y debemos darnos cuenta de ello.

lidas para otras situaciones que se le presenten. Otras conductas que pueden aparecer al final del primer ciclo de infantil y durante el segundo ciclo, son las peleas infantiles propias de los niños y, por tanto, inevitables. Existen diferentes tipos:

- Cuando los niños son pequeños, las peleas surgen, a veces, como un juego. El principal motivo es la falta de control de fuerza y el juego suele acabar en un rifrafe. Este tipo de peleas no tienen mayor importancia y, generalmente, tras la lamentación del daño que se han podido causar, los niños continúan jugando como si nada hubiera pasado. Estos enfrentamientos irán desapareciendo conforme vayan siendo capaces de controlarse, algo que vendrá dado por la propia edad.

- Cuando el niño va creciendo empiezan a surgir las peleas con cierta intencionalidad. Ante este tipo de situaciones, el maestro debe ser capaz de no juzgar antes de tiempo porque no siempre el niño más travieso o más revoltoso será el causante del conflicto. En la mayoría de los casos, puede que esté implicado pero si no lo está, cometemos un error importante hacia el niño y hacia el aula. Por eso debemos ser cautos y antes de juzgar o valorar la situación hay que dedicar tiempo a recoger información de lo que ha suce-

dido y cómo ha sucedido, así como a escuchar a los implicados. Lo que siente cada uno de ellos nos puede dar también datos relevantes de lo que ha ocurrido y, además, los niños se sentirán aliviados por ser escuchados. En ocasiones, se siente peor el que ha ocasionado el conflicto que el que lo ha sufrido. Esto es fundamental de cara a la respuesta que nosotros tengamos hacia ellos, puesto que si el niño ya es consciente que no lo ha hecho bien, se arrepiente y tiene sentimiento de culpabilidad, el hacerle sentir peor puede que no sea lo más acertado por nuestra parte.

El implicarnos nosotros en la resolución de conflictos no suele ser la mejor estrategia porque para los niños resulta muy fácil preparar una pelea y que la resuelvan los adultos. Tienen que aprender que sus actos tienen consecuencias, por lo que hay que hacerles responsables de la situación que han ocasionado y que sean ellos mismos los que traten de resolver el conflicto. El profesor tiene que ser un mediador, darles ideas o estrategias, y ayudarles a resolver los problemas en caso de que ellos no sepan, pero deben ser los niños los que lo solucionen.

Si nos encontramos en una situación en la que el conflicto es entre un niño y el resto del aula, el profesor sí tiene que tener un especial protagonismo. Para resolverlo, podemos tratar de buscar situaciones en las que cada miembro de la clase pueda sentir lo que el niño atacado está sintiendo. Debemos enseñarles a ponerse en el lugar del otro y a pensar cómo se puede sentir. Para ello, podemos utilizar juegos, dinámicas de grupo o, simplemente, plantearlo de una manera directa. Se trata de una tarea que nos compete a nosotros y que es importante resolver y dedicarle tiempo aunque suponga un retraso en el ritmo del aula.

Las consecuencias de trabajar este tipo de conductas pueden ser muy positivas para todos los niños, ya que aprenderán a tratarse como personas y a tener unas relaciones sociales basadas en el respeto. ●

**MARÍA CAMPO**

DIRECTORA CENTROS EDUCATIVOS KIMBA